

simbolismo, cuya capacidad de penetración en las realidades positivas es nula —Milosz, Rilke, Ibsen.

Y sin embargo comprendí tras releer a Montalbán las dimensiones que le faltaban—sobraban—a la plenitud de Espriu las comprendí al hallar un punto de relatividad. Claro que no hablo de discipulado, sino de fecunda influencia. Espriu no deja campos residuales para ser explotados por nadie al menos mientras prosiga la línea de las presentes circunstancias. Mientras Espriu, como pensaría un escultor egipcio, se resistía a las tres dimensiones y conformábase a dos para reproducir, meditar, lamentar, seguir, Montalbán ofrece la descripción táctil y desarrollándose del pasado que ha provocado el estar presente del individuo—Montalbán se toma como cobaya de estudio a sí mismo—amenazado en carne y hueso por la corrupción provocada; entra el tema del amor como un arte a crear y difícil, minado o imposible, la muerte como una escapada sin retorno, como motivo sentimental pensado con sorna quizá alguna vez, más disolución que solución, no desayunará en Tiffany: nacerá la soledad y su maldad comprendida como vacío forzoso. Los recursos del realismo social y de algunos ismos son aprovechados con fruición y fusión, no para detenerse en ninguno de ellos, sino para superarlo utilizándolos unidos y por tanto diferentes en su síntesis de hoy. Otros podían haber sido los resultados de la búsqueda. Así, *Les Choses*, de Perec, describir fríamente y casi como novelista objetalista desde las técnicas sociológicas la total carencia de elección, el espejismo de la libertad de la vida al quedar el individuo ensamblado en un contexto sin vuelo, no escribir del hombre rebelde, sino del hombre conforme u obligado a conformarse, medirle desde fuera ofreciéndole a sus mismos ojos desviados su imagen olvidada. O bien el camino habría sido una poesía moral de claro corte o derivación cristiana, como es el caso de Valente—acabamos de leer sus *Siete representaciones*—relevando la preocupación moral de la línea individuo-divinidad a la línea individuo-individuos. O bien la anatomía de los mitos, sus resultados. El afán histórico de Vázquez Montalbán estudia materia enferma a través de su propio prisma y dentro de un panorama enajenado transparente el trasfondo.

El segundo libro de *Una educación sentimental* da una de las claves para encuadrar el sentido de la educación recibida; dicha clave es una cita de *El Noticiero Universal* que habla de una general campaña contra la tuberculosis del romanticismo. Qué tenga de malo el romanticismo cuando se ve verso a verso la campaña de desinfección que se realiza sobre la juventud, la corrupción del significado y consistencia de los hechos, la caída de la esperanza y el nacimiento de la soledad en

todas las áreas, no se sabe qué pensar. He aquí el mito de la precariedad del amor, ya sin siempre, sin eternamente, un panorama de estupidez con conversaciones acerca de todo sin entender de nada, donde la humanista tiene una función no concretada al verse rodeado de un mundo desengañado, presente y futuro, *exdetodo* y *filonada*. No merecía la pena desengañarse para caer en engaños nuevos y menores.

En un principio se nos había recordado según cliché lo arcádico de aquellos años veinte, pues al ser materia muerta de la memoria, el poeta no se esfuerza en deshacer el cliché. Después se nos exponía una serie de condicionamientos aparte de lo que de historia poseían bajo el epígrafe *Libro de los antepasados*, antepasados estos que condicionan el desarrollo del presente y tanto cuanto se extiende el límite de su influencia decrece el crecimiento de los renuevos. La tercera parte titulada como la obra de Ovidio nos manifiesta en dos facetas y simultáneamente una agonía, una lucha humana y dolorida para hallarse con sentido y esperas, siendo precisamente la descripción de una crepuscular agonía síntoma de un fuerte olor a podrido dado lo inhumano, lo nada fáctico de la victoria, pues una suciedad ha infectado al hombre romántico que combatía a la muerte con el amor, a la guerra con la razón. La herencia de los antepasados es demasiado plúmbea y esto se observa no preguntando al exterior, sino en el suspiro un es cansado de un hombre joven que ya no puede abrir los ojos con ingenuidad. Es claro entonces que una tragedia social no es una tragedia social, sino un conjunto de tragedias individuales que insistirán según temperamentos en un fracaso o en otro. Montalbán insiste—no es para menos—en el fracaso del amor entendido de la manera más genérica.

Espru es aplicable a todos, quiérase o no, pero Montalbán no es plenamente aplicable a todos, ni nunca fue necesario, porque se atiene a la manera concreta de reflejarse en él una más amplia corrupción. La soledad y la tristeza no son entonces cosas hijas de perra y pegajosas costumbres burguesas, como se acusa Neruda, cuanto unas tristes, solitarias y forzosas realidades; que la muerte como presencia o ilusión de cobardes, no concebida como fabulosa integración a las fuerzas minerales o vegetales de la tierra, es una derrota producida por el desamor. Que juntos estamos solos es verdad, y que no encontramos los caminos de la libertad; y el peligro del poeta—aunque de ese peligro le liberará su inteligencia—es buscar soluciones, y ya no me refiero sólo a la poesía, en el individuo mismo, dado que en el individuo se manifiesta la tragedia; no: es a través de la acumulación o de la masa como se produjo la catástrofe y ha de ser a través de movimientos colectivos o agrupados como la solución, algo más definitiva que

las emergencias, ha de brotar. La búsqueda del amor no está bien encaminada en redor de un *juke box*, quizá tampoco en las noches de las vísperas de las fiestas o en domar un jaguar y treinta sexos. El peligro también estaría en pensar rebajándonos a Nietzsche que el jaguar y los treinta sexos justificarían a quien los dominase y si vemos el problema desde el ángulo del triunfo del *ego*, solución sería a pesar de los pesares. Más que peligro ha sido en buena parte de la juventud francesa intelectual. El novelista y publicista fallecido en accidente de automóvil el 64, a sus veintiséis de edad, Huguenin, entusiasmado y no casualmente con la filosofía trágica de su coetáneo Rosset fabulaba por la cuerda floja de morales caducas en un mundo reducido a reducir a los demás, la autoexaltación (recuerdo la lectura de su diario, la búsqueda del dolor como una droga de creación, filosofía más que trágica, masoquista). El caso es límite: no hay razones para amar a todos, para trabajarnos en común un horizonte; se forja porque sí y no por no valer para la lucha por la vida, ni por miedo a la frustración que en los desposeídos pudiera provocar el fracaso del egoísmo; con eso contamos de antemano y sin eso no hubiera libro del poeta ni sus armonías predilectas como un deseo de otras que no existen tras los versos.

En consecuencia, no es posible cantar. Cuando Neruda en su *Odas elementales* quiso hacerlo a tomates y cebollas sucedió que se le quebraba la oda en cuanto oda porque en medio nacía una consideración sin embriaguez: la lluvia es hermosa, pero en los inviernos de los bidonvilles es algo peor. Si vivimos en un mundo o patria corrompido, la materia pierde su espontaneidad y resistencia, entramos en laberintos; las cosas nos abandonan y atacan, nos ofrecen sospechas las mismas personas, tales como *Yramin, la gótica*, enseñándonos la primera lección de la desconfianza y el abandono. Para cantar frontalmente, hubiera sido necesaria la revolución previa. No sé si explico: una de las más bellas producciones de la naturaleza son las fábricas grandes, pero son carne prohibida de canto y oda, son materia de ira o delación, de elegía tal vez. Toda otra producción afirmativa crearía sobre una falsa realidad, o sería exposición de la palpable realidad del mal.

He querido solamente con esta nota introducir a la aportación de un poeta. Belleza y testimonio de la dimensión de la tragedia.—MANUEL REVUELTA.

JUAN DÍAZ DEL MORAL: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Alianza Editorial. Madrid, 1967, 509 pp.

Nos encontramos al aparecer este libro con una publicación que recoge la historia, desde sus comienzos de la toma de postura de la clase campesina y obrera andaluza, esencialmente de la cordobesa. Juan Díaz del Moral es un tipo de hombre, producto esencialmente constituido por un momento histórico, tipo muy difícil de imaginar después de la segunda guerra, quizá con ciertas posibilidades de reaparecer dentro de quince o veinte años. Autodidacta, en cierta manera con un cierto matiz enciclopedista, amante de las libertades, fue desde su puesto de notario en Bujalance, testigo de los principales hechos revolucionarios ocurridos en Andalucía, y fundamentalmente en la provincia de Córdoba, durante más de veinticinco años.

El libro está compuesto por un relato realmente exhaustivo, relato de todos y cada uno de los brotes andaluces de «agitación campesina», es decir de toma de conciencia de una clase ante la actitud de otras. Se comienza por las sublevaciones populares anteriores al siglo XIX: el motín del Arrabal contra el Emir Alhakem I, «de carácter alegre y expansivo, amigo de los placeres, déspota y cruel como un sátrapa persa»; las matanzas de judíos de fines del siglo XIV, fomentadas por un sector extremista del clero medieval; la rebelión de Fuenteovejuna, hecha célebre por el drama de Lope y símbolo de lo que puede ser la solidaridad popular en un momento de peligro colectivo; el motín del hambre de Córdoba de 1652; las insurrecciones de Pérez del Alamo, veterinario de Loja; las de Montilla; el federalismo; el cantonalismo; el cooperativismo cordobés, etc. Esta «prehistoria» ocupa tres capítulos del libro, pero el principal interés estriba en la época en que vivió el propio autor. Nacido en 1870 asistió a la introducción de las doctrinas de Marx en España, a la fructificación del socialismo y el anarquismo, a las reacciones del pueblo español, y más directamente del andaluz, ante los movimientos del proletariado internacional. Esta es, en mi opinión, la parte fundamental del libro. Forman siete capítulos de un total de once. El autor ha escogido el método de división por períodos cronológicos (1870-1874, 1874-1900, 1900-1909, 1909-1918, 1918-1920 y 1920-1923) y todos ellos se centran esencialmente en el movimiento obrero y agrario andaluz y cordobés, a excepción del capítulo VII, en que se dibujan las líneas generales del movimiento obrero mundial en el siglo XX, y que sirve en cierta manera de introducción a los siguientes.

En la primera parte, tanto en el capítulo en que describe geográficamente la provincia de Córdoba como en la parte llamada de «prehisto-

ria» descubrimos en Díaz del Moral un escritor y un historiador bien documentado. En el resto está el hombre que constata la propia realidad vivida por él y observada con una mentalidad y una formación de sociólogo, en el sentido de hombre que muestra la realidad y la critica para su mejora.

Quizá la tesis central del libro, aun siendo esencialmente expositivo, sea la de la no localización de los procesos sino su generalización. «Circula por los libros de Sociología, dice, una frase atribuida a Gambetta: no existe una cuestión social, existen cuestiones sociales. Nada más lejos de la verdad. El problema social es uno y único; su sentido profundo y su oriente son los mismos en todos los países civilizados. Mas su unidad se desenvuelve interiormente en un complejo de elementos y de aspectos que revelan su carácter de problema total humano». Esta idea no la olvida en ningún momento y ello hace que a lo largo de todo el libro estemos asistiendo, aun centrado en el área geográfica que se estudia, a procesos europeos, con referencias concretas a ellos. «Sería imposible, dice en otro lugar, entender las conmociones de esta región sin tener presente las de los demás países civilizados: el movimiento proletario es uno de los hechos más universales de la Historia».

Otro aspecto destacable del libro es la importancia que dedica el autor a la especial psicología del andaluz. «De todos estos factores—económico, moral, psicológico, político, jurídico y hasta fisiológico—merece el psicológico una atención especial. El explica las características del movimiento proletario de cada país. El obrero sajón, práctico, perseverante y tenaz recorrerá los caminos de su emancipación con paso lento y seguro, sin retroceder nunca, aprovechando cada conquista como instrumento para lograr la siguiente. El obrero andaluz, entusiasta, idealista, inconsciente, desdeñará la mejora material inmediata y aspirará en cada exaltación a conseguir en un momento el triunfo definitivo, recorrerá en pocas semanas el arco ascendente hasta alcanzar el cenit y en menos todavía descenderá hasta los abismos del nadir. Estas consideraciones me indujeron a dedicar especial atención al aspecto psíquico del problema». «El resultado de mis investigaciones fue concluyente. Ante estímulos sentimentales e ideales, la masa popular reacciona hoy exactamente lo mismo que en tiempos de Alhakem.»

El libro en su conjunto es admirable. Constituye un ejemplar valiosísimo de consulta por la gran profusión de datos, bibliografía, artículos de revistas que se citan, etc. No tiene la frialdad del libro de investigación que cotidianamente consultamos, sino que contiene junto a una seriedad científica absoluta el apasionamiento del que escribe al filo mismo de los acontecimientos que relata. «Quien lo lea o relea